

un *si* y un *no*; pero debe ser así necesariamente. Oid : de un imposible se sigue lo que hay dentro de él. Ahora, pues, dentro de él hay dos cosas que repugnan ; y como es imposible el número infinito de hombres, si le hubiese nacía un *si*, y ademas de esto un *no*, los que juntos hacen la esencia del imposible.

ERG. — Basta : no digais mas, porque ahora acabo de entenderlo perfectamente.

TEOD. — Por conclusion de lo que he dicho solo añado cerca de lo *infinitamente grande*, que hasta aquí he hablado de lo que es absolutamente *infinito*. No obstante, cualquiera criatura finita y limitada se puede decir infinitamente grande respecto de la que fuere infinitamente pequeña. Dios es infinitamente grande respecto de nosotros que somos finitos y limitados.

SILV. — Y ¿qué quiere decir *infinitamente pequeño*?

TEOD. — Es una materia que ahora se sigue tratar, porque de ella tratan los modernos algunas cuestiones útiles y delicadas ; tened un poco mas de paciencia.

### § III.

De los infinitamente pequeños.

SILV. — Veamos esas cuestiones, pues son tan delicadas y útiles. Alabo vuestra paciencia.

TEOD. — Así como cualquier cantidad multiplicada por número infinito resulta infinitamente grande, así cualquier cantidad repartida ó dividida por ese mismo número infinito resulta infinitamente pequeña. Una onza ó una vara, v. g., repartida por doce, aun queda mas pequeña, porque á proporcion que crece el número en que se divide una cantidad, queda mas pequeña despues de dividida. Todos saben esto ; luego si alguna cantidad se dividiere por un número infinito, quedará reducida á una pequeñez infinita. La doctrina de los infinitamente pequeños no deja de tener muchas utilidades.

ERG. — Y con efecto. ¿Existen esos infinitamente pequeños?

TEOD. — Yo llamo infinitamente pequeño *aquello que siempre es menor que cualquiera cantidad asignada*. Los puntos matemáticos, v. g. el principio, el medio y el fin de una línea, son infinitamente pequeños, porque siempre son mas pequeños que toda cantidad á que se los quiera comparar. Un instante de tiempo es infinitamente pequeño, porque siempre es menor que cualquier cantidad de tiempo con que se compara. En esta suposicion digo que los infinitamente pequeños existen ; pero no existen como nosotros los consideramos para llamarlos infinitamente pequeños. En este sentido se concilian dos sentencias que parecen opuestas. Primeramente digo que existen los infinitamente pequeños, porque existe el principio de cualquiera duracion. Nada puede existir de lo que antes no habia sin principiar á existir : lo mismo digo del fin. Ahora,



pues, el principio y el fin de la existencia son dos instantes, y cada uno de ellos es mas pequeño que cualquiera duracion con que se comparen, porque no son sucesivos; la razon es, porque considerando en ellos sucesion, ya la segunda parte del instante no será principio, ni la primera del otro instante será el fin<sup>4</sup>. Lo mismo digo de los puntos matemáticos; siempre son menores que cualquier estension con que se comparen.

Pero un movil cuando cae siempre se acelera, de modo que en cada punto de esta caída siempre es mayor su velocidad de lo que era en los precedentes, y menor de lo que ha de ser en los siguientes. Este aumento de velocidad que corresponde á cada punto de espacio, ó es infinitamente pequeño, ó tiene cantidad cierta y limitada. Si tiene cantidad cierta y limitada, como el movil no va por asaltos sino cayendo sucesivamente con un movimiento acelerado, en la primera parte de ese punto va mas despacio, y en el segundo mas de priesa, y así ya estamos fuera de la cuestion, pues solo hablamos de la velocidad, que era el exceso de un punto al otro inmediato. Por consiguiente debemos decir que ese punto es infinitamente pequeño sin poderse partir, y el número de velocidad que le corresponde tambien es infinitamente pequeño.

No obstante, añado: que *los infinitamente pe-*

<sup>4</sup>Porque en el mismo instante (segun nosotros le concebimos) en que una cosa deja de ser, era, pues lo que no es no puede dejar de ser; distingue la metafísica aristotélica dos signos, y así percibe como lo que en el primer signo de un mismo instante era en el segundo signo de este mismo instante deja de ser.

*queños no existen como nosotros los consideramos para llamarlos infinitamente pequeños; porque el principio de cualquier línea es realmente un punto que tiene estension y tamaño como lo probé poco tiempo há, aunque no hacemos caso de este tamaño, y miramos solamente á lo que es principio y fin ó medio de esta línea de que se trata.*

EVG. — Ya hago concepto de su existencia.

TEOD. — Ahora se sigue establecer algunas proposiciones mas que dan luz para muchos puntos. Mas primero quiero advertir una cosa en que muchos se pueden equivocar, y nunca la cautela es demasia.

#### PROPOSICION I.

Las ideas que hacemos de lo infinitamente pequeño, y de la nada no son lo mismo.

Pruébese esto, porque la nada, multiplicada por el número infinito, siempre es nada, y lo infinitamente pequeño, multiplicado por el número infinito, viene á ser igual á una cantidad finita: v. g. un palmo, multiplicado por el número mil, y dividido antes por el número mil, viene á ser un palmo, pues la multiplicacion remedió lo que habia hecho la division; luego tambien cualquier cantidad finita repartida por un número infinito resulta infinitamente pequeña, y despues multiplicada por ese número infinito resulta otra tal vez igual á lo que era. No obstante, la *nada*, aunque la multipliquemos



por un número infinito; nunca llegará á ser igual á una cantidad positiva.

EUG. — Eso bien claro es.

TEOD. — Ahora empiezan algunas proposiciones que parecen paradojas é imposibles, aunque son constantes y ciertas.

#### PROPOSICION II.

No se dará estension ninguna tan pequeña que no se pueda asignar otra mas pequeña.

Esta proposicion es importantísima. Para demostrarla se hacen varios argumentos; yo me valdré de los mas claros.

TEOD. — Poned una pulgada : añadid despues media , despues un cuarto , despues medio cuarto , é id siempre poniendo la mitad de la cantidad que habeis acabado de poner. En este caso bien veis que siempre se va asignando estension mas pequeña que la precedente. Nunca llegareis á estension tan pequeña que no podais considerar la mitad de ella , esto es , la parte que queda á mano derecha , como distinta de la que queda á mano izquierda , y de este modo ya conoceis dos mitades.

SILV. — ¿Y no es eso contrario á lo que dijisteis hablando de los átomos ó partículas indivisibles?

TEOD. — No. Si bien os acordais conoceréis que entonces distinguí bien claramente partes físicas que realmente se separan , y partes matemáticas

que solamente se separan con la consideracion. Yo no digo que en cualquier estension que se señale podré separar con un cuchillo una parte de otra ; solamente digo que con la consideracion lo puedo hacer , y asignar una mitad como diversa de otra , aunque en la realidad no puedan físicamente separarse.

EUG. — Bien me acuerdo de lo que entonces advertisteis.

TEOD. — Os haré otro argumento que os convenza. Poneos los dos en pie , ó supongamos que os poneis sobre esta mesa , de suerte que queden vuestros ojos en la misma línea de nivel con la piedra superior de la ventana , de forma que la línea visual vaya rozando por el nivel de dicha piedra. Si en esta postura miráseis á un barco que sale de allá la playa que nos cae debajo de la ventana , esta línea visual era muy inclinada hácia abajo ; pero á proporcion que el barco se fuese alejando de nosotros , se va la línea visual levantando hácia arriba poco á poco.

SILV. — No hay duda. Cuando se aleja ya no me es preciso mirar hácia abajo , y sensiblemente voy levantando la cabeza para ver el barco si quiero poner en él los ojos fijos.

TEOD. — Supongamos que la superficie del mar está toda derecha , siempre á nivel , y que siempre va hácia adelante , y que vuestra vista nunca se cansa , y que veis siempre el barquero que no sale de su carrera , siempre adelante. En este caso es cierto que la línea visual siempre ha de ir su-



biendo continuamente hácia arriba, para que vayais con la vista acompañando al barco.

SILV. — No hay duda que así debe ser, bien que al fin ya irá subiendo muy poco.

TEOD. — Cada vez irá subiendo mas despacio, aunque el barco continúe en moverse con igual velocidad. Pregunto ahora : si llegarais á ver el barco rozando la línea visual por la piedra que suponemos estar perfectamente á nivel de vuestros ojos, ¿ le veriais ?

SILV. — Creo que no, porque para eso era preciso que saltase el barco al aire, y quedase tan alto como mi cabeza, pues estando siempre mas abajo que mis ojos, aunque esté allá muy lejos siempre me será preciso mirar hácia abajo para verle ; y por consiguiente la línea visual nunca puede ir á nivel, ni tocar en la piedra que forma el lintel de la ventana. Pero ¿ á qué viene esto ?

TEOD. — Ahora lo diré. Esa línea visual que va de vuestros ojos hasta el barco, á proporcion que él se va alejando va subiendo hácia arriba, y va siempre siempre subiendo sin parar, porque suponemos que el barco siempre va alejándose ; luego la distancia que va desde esa línea visual hasta el lintel de la ventana cada vez es menor y menor ; y como nunca llegará á la piedra de arriba, se sigue que ya tenemos una distancia ó una estension que va siempre disminuyendo, sin poder nunca acabarse del todo ó reducirse á la nada. No podeis negar que siempre ha de haber distancia entre la piedra de la ventana y la línea visual que va de vuestros ojos al barco.

SILV. — Así es, porque nunca puedo ver el barco tan alto como el lintel de la ventana por mas que se aleje.

TEOD. — No podeis negar que á proporcion que se aleja el barco, la distancia de la línea visual al lintel de la ventana siempre va siendo menor ; luego tenemos una estension tal, que siempre se va asignando otra y otra mas pequeña, sin que jamas llegue á desaparecer del todo.

SILV. — Esas son cosas que convencen y confunden, y aunque parecen imposibles no se puede responder.

TEOD. — Otro argumento se forma con los círculos y las tangentes. Ya me parece que os dije que tangente es una línea recta que toca en un solo punto á la circunferencia del círculo sin entrar dentro de él.

Poned ahora, Eugenio, un círculo, y tirad por encima una tangente : es cierto que la tangente toca al círculo en un punto, y solamente en un punto ; de lo contrario tendria el círculo bien hecho una parte de su circunferencia chata, lo que es falso. Tocando, pues, en un solo punto inmediatamente empiezan las dos líneas á separarse, la una siempre va recta, y la otra empieza á encorvarse y á hacerse circular. Supongamos ahora que por ese mismo punto de contacto tirais otro círculo mayor que el primero : este círculo tocará en el mismo punto á la tangente, y tambien en un solo punto ; y este segundo círculo incluye dentro de sí al primero, porque suponemos que era mas pequeño. ¿ Dudais de esto ?



EUG. — No, porque es evidente lo que decis. El menor queda dentro del mayor.

TEOD. — Luego el círculo grande pasa por entre la tangente y el círculo pequeño, y por consiguiente la distancia que va de este círculo grande hasta la tangente ya no es tan grande como la que habia de la tangente al círculo pequeño, porque la curva de este se va apartando mas de la tangente, y forma ángulo mistilíneo mayor. En esto no puede haber duda. Supongamos ahora que voy formando mas círculos que toquen la tangente en el mismo punto, y cada vez mayores: estos siempre irán incluyendo en sí á los precedentes; y por consiguiente el espacio que queda entre los círculos y la tangente será cada vez mas pequeño, y con todo nunca del todo se acaba, porque luego desde el punto del contacto á los lados habrá precisamente abertura entre el círculo y la tangente <sup>1</sup>.

Luego tenemos distancia que va siendo cada vez mas y mas pequeña sin extinguirse nunca del todo; y como por toda una eternidad podemos ir haciendo círculos mayores y mayores, sin término que nos impida ir adelante, se sigue que por toda una eternidad podemos ir haciendo la distancia entre el círculo y la tangente mas y mas pequeña, sin que por eso jamas se estinga.

EUG. — Estas son cosas que hacen reir, porque se ve obligado el entendimiento á conceder una co-

<sup>1</sup> De la tangente que toca al círculo en un punto, y es línea recta, y de la curva que forma al círculo, resultan dos ángulos mistilíneos, esto es, dos ángulos, de cuyas líneas una es recta y otra es curva.

sa aunque no quiera, y á confesar por verdadero lo mismo que nos parece falso y muy falso.

TEOD. — Abi vereis una de las utilidades que traen estas cuestiones, y es enseñarnos prácticamente á no dejar á nuestro entendimiento que se gobierne por apariencias, sino que dé pasos firmes y seguros con la demostracion. Eugenio, reparad bien en esto. Una cosa para ser ó no ser no pende de nuestra cabeza, ella en sí misma es ó no es, segun lo dispuso la causa que la formó, ó segun lo pide su misma naturaleza. Nuestra cabeza no tiene influencia para mudar los atributos de las cosas, y que alguna de ellas nos parezca bien ó mal pende muchas veces de la disposicion de nuestra cabeza. Por esto á cada paso mudamos de sentir, y á cada paso hallamos contradiccion en los otros que tienen diferente cabeza; luego es prudencia suspender el juicio quando solamente se quiere gobernar por lo que la parece. Conviene, pues, acostumbrarle á gobernarse con demostracion segura y firme quando la puede haber. Vamos á otra proposicion que se sigue de la primera, y tiene su gracia.

### PROPOSICION III.

Puede una estension limitada sufrir un movimiento eterno en línea recta hácia adelante sin que nunca se acabe esta estension.

SILV. — ¿Cómo es eso? ¿Puede darse un movimiento infinito que nunca venza un espacio limitado?



TEOD. — Sí, señor.

SILV. — Eso es contradicción manifiesta. El movimiento mide al espacio; luego si este es limitado, y sobre limitado pequeño, ¿cómo no le ha de vencer un movimiento infinito y eterno! Esta es la paradoja más estraña que jamás se oyó.

TEOD. — Atended, y vereis que es verdad innegable. Supongamos que al móvil solo le falta andar una pulgada, y que en el primer momento anda desde luego la mitad de este espacio, en el segundo la mitad de lo que faltaba, y en el tercero solamente la mitad de lo que resta; y así por los demás momentos que se siguen. En este caso siempre caminaría el móvil hacia delante, pues siempre andaba la mitad del espacio que le faltaba para llegar al fin, y nunca paraba: en cada momento iba avanzando; mas como solamente andaba la mitad del espacio que le faltaba, y nunca todo, en cada momento dejaría todavía entre sí y el fin alguna parte del espacio; y de este modo andando con esta proporción nunca llegaría á acabar todo el espacio. Es verdad que el movimiento cada vez había de ir siendo más tarde y espacioso; pero siempre era movimiento; y como nunca el móvil paraba, y por otra parte nunca llegaba al fin, tenemos la consecuencia que yo decía de poder ser infinito el movimiento, esto es, eterno, sin llegar á vencer el espacio finito y limitado.

EUG. — Y también queda probada otra proposición que decíais de la extensión.

TEOD. — Habiendo probado que nunca la extensión será tan pequeña que no se pueda asignar otra

más pequeña, nunca el espacio que resta á ese móvil será tan pequeño que no se pueda asignar otro más pequeño; y así siempre va hacia adelante en línea recta, y no obstante nunca llega el fin.

EUG. — De una cosa se sigue la otra necesariamente.

TEOD. — Esto mismo se pone de diferentes modos, y prueba paradojas que parecen diferentes. Allá va una. Supongamos que falta en una balanza medio grano para ajustar cierto peso: digo ahora que podremos ir echando siempre más y más peso en la balanza sin nunca parar; pero de forma que en veinte millones de siglos no llegue el peso á la cuenta justa.

EUG. — ¿Y cómo haceis esa cuenta?

TEOD. — Echando siempre solo la mitad de lo que me falta para ajustar el peso se verifica que siempre falta alguna cosa, y no obstante siempre se aumenta el peso. Del mismo modo si yo dijere que puede un alfiler ir taladrando siempre y sin cesar un pliego de papel muy delgado, sin nunca atravesarle del todo, ¿qué diríais?

EUG. — Ahora me debo reír de la aparente falsedad; pero temo que me convenzan del mismo modo que me sucedió en las paradojas pasadas.

SILV. — Será la misma demostración poco más ó menos.

TEOD. — Decis bien. El pliego de papel por delgado que sea siempre tiene algún grosor. Supongamos ahora que el alfiler en el primer movimiento atravesó la mitad del grueso; después en el segundo solamente taladra la mitad de la que resta, y en el



tercero la mitad de esa mitad, y en el cuarto la mitad de la que restaba, y así del mismo modo por todos los demas tiempos. En este caso siempre va el alfiler taladrando hácia adelante, y siempre deja que taladrar.

SILV. — Mas supongamos que en el primer movimiento atraviesa la mitad : ¿por qué en el segundo no taladrará la otra mitad? y está concluida la grande dificultad de taladrar un pliego de papel.

TEOD. — Amigo Silvio, ninguno os dice que no se pueda taladrar del todo el pliego del papel, que para eso era preciso ser un tonto. Lo que os dicen es que podeis ir taladrando de modo que sin taladrarlo todo se vaya siempre taladrando mas y mas, sin jamas parar ni acabar.

SILV. — Ahora me habeis sacado de la dificultad.

TEOD. — Aun tenemos mas paradojas, que os diré para dilatar la capacidad del entendimiento, que con ellas va pidiendo la estrechez de no creer lo que nunca le vino á la imaginacion, lo cual es defecto grande.

EUG. — ¿Y qué paradojas son esas?

TEOD. — Una cosa puede ir creciendo siempre, y otra ir siempre menguando, sin que nunca se lleguen á igualar. V. g., una línea que diste de otra el grueso de un alfiler puede ir descendiendo siempre por el espacio de diez millones de siglos, y la otra ir siempre subiendo sin que una venga á emparejar con la otra. Dejadme haceros una figura en qualquier papel.

Pongamos una línea horizontal, y de una estre-

midad de ella tiremos otra línea recta, pero inclinada : esta línea puede considerarse fija en esta estremidad, y que en la otra va subiendo hácia arriba, haciendo siempre el ángulo menor de lo que era ; pero con la cautela ya mencionada de nunca andar, sino la mitad del espacio que la resta. En este caso el ángulo rectilíneo irá siempre y siempre disminuyendo. Supongamos ahora que del punto del ángulo tiramos una línea circular: esta línea siempre pasará en parte por encima de la línea recta, porque como el círculo no tiene parte alguna chata en su circunferencia, forzosamente ha de cortar la línea recta parte del círculo, y esto que digo de este círculo lo digo de todos, porque es imposible que la línea circular se ajuste con la recta; y no ajustando siempre la recta que la toca en el punto del contacto, si quisiere desviarse hácia abajo de la tangente ha de entrar por dentro del círculo, y por consiguiente la circular ha de pasar por entre la recta y la tangente.

En esta suposicion, si dentro de este círculo hubiese otro mas pequeño que toque la tangente, en el mismo punto habrá de pasar por mas abajo del círculo grande ; y por consiguiente la distancia que resulta entre él y la tangente es mayor, á proporcion que los círculos son mas pequeños; y como yo puedo ir haciendo los círculos mas y mas pequeños infinitamente, puedo ir aumentando la abertura de la tangente con la circular infinitamente. Ahora se hace la demostracion.

La línea recta puede ir subiendo infinitamente sin parar ni tocar á la tangente.



Las líneas circulares pueden ir bajando infinitamente sin reducirse por esto á nada.

No obstante siempre cualquiera línea circular pasará mas cerca de la tangente que la recta, pues es cierto que esta recta, tocando todos los círculos en el mismo punto, y viniendo por debajo de la misma tangente, corta y entra por todos los círculos.

Luego bajando siempre la circular, y subiendo siempre la recta, nunca llegará la circular á pasar por la recta en el punto inmediato al del contacto. En términos geométricos se dice en cuatro palabras<sup>1</sup>.

EUG. — ¿Qué importa que vuestra esplicacion sean cuatro ú ocho palabras. El caso está en que yo lo comprenda, que con eso me contento.

TEOD. — Por conclusion, Eugenio, que no quiero fatigar mas la cabeza. Lo que se dice de los infinitamente pequeños abre la puerta para muchas doctrinas verdaderas, porque nos hacen dilatar mucho nuestras ideas. No obstante, no es contrario á lo que queda dicho del infinito absoluto. Todo va á llamar en nuestra consideracion, la cual es mas sutil de lo que se imaginaba para considerar en una cosa infinitas, aumentando su número á proporcion que disminuye su cantidad y valor. No es porque

<sup>1</sup> El ángulo rectilíneo de la tangente con la secante puede disminuir infinitamente: el ángulo misto de la circular con la tangente puede infinitamente aumentarse; y no obstante todo el ángulo rectilíneo es mayor que todo el ángulo misto, pues que la recta no pudiendo tocar á la circular sino en un punto, si la toca mas que en un punto la corta, y por esto entra dentro del círculo, y pasa la circular por entre él y la tangente.

nuestra imaginacion pueda llegar á considerar cosas infinitas, sino que no se puede asignar número tan grande ni valor tan diminuto, que no tengamos actividad para aumentar una unidad á este número, ó para disminuir un grado á este valor: por eso decimos que siempre podemos aumentar y disminuir infinitamente; pero nunca llegaremos á hacer un aumento ó disminucion infinita.

SILV. — Basta ya de infinito, que me duele la cabeza.

#### § IV.

Conclusion de la ontologia sobre el espacio, tiempo y movimiento.

SILV. — Y ¿cuando habeis de tratar del espacio? que hay mucho que decir en él.

TEOD. — Una grande cuestion era si todo espacio estaba lleno de materia, como queria Descartes, ó si puede estar vacío. Nosotros en la astronomía tratamos esto, y mostramos que los cuerpos celestes se mueven por el vacío, y que es imposible un movimiento constante por el espacio lleno de materia.

EUG. — Bien me acuerdo.

SILV. — Además de esto la cuestion grande es ¿qué naturaleza tiene el espacio en sí mismo, prescindiendo de que esté lleno ó vacío?

TEOD. — Además de Demócrito, Epicuro y otros, Gasendi, Descartes, Locke, Newton y Leibnitz tra-



taron de este punto con calor sin ajustarse jamas, y á mí me da gana de reir cuando veo unos hombres serios disputar sobre esta materia, como tambien sobre la naturaleza del *tiempo* y del *movimiento*, no contentándose los unos con la esplicacion de los otros, y quedando despues de las definiciones, esplicaciones y argumentos de parte á parte, peor de lo que antes estaba. Yo hallo gracia y agudeza en San Agustin, el que, hablando de la naturaleza del tiempo, dice así : *Si no me lo preguntan sé qué cosa es tiempo : si me lo preguntan no lo sé.*

EUG. — ¿Pues no saben todos y cualquiera rústico lo que es espacio de tiempo y movimiento?

TEOD. — Todos lo saben, excepto los que quieren saber lo que es. ¿Sabeis qué me parecen estos grandes filósofos? (Perdóneme su reputacion). Me parecen como el hidalgo de Moliere, que tenia por objeto digno de tomar maestro el dar lecciones con grande cansancio y satisfaccion bien vana para saber lo que era una *A*, y cómo se pronunciaba una *R*, y otras semejantes impertinencias. Algunas cosas hay que todos saben lo que son ; pero si se empieza á discurrir, para explicarlas quedan ininteligibles. Si un buen anatómico y fisico quisiera enseñar á un hijo suyo á bajar una escalera sin caer, y para esto le esplicase las reglas del centro de gravedad y el mecanismo de los nervios y músculos, en cuarenta años no podria el muchacho bajar un escalon, y todos los mas rudos de la plebe corren y saltan sin tener ni un pensamiento de querer indagar cómo se puede correr y saltar explicándolo físicamente.

EUG. — En eso convengo yo por las luces que me habeis dado.

TEOD. — Pues, amigo Eugenio, me parece despropósito quebraros la cabeza para saber menos de lo que sabeis. Confieso que despues de leer lo que esos señores dicen quedo peor de lo que estaba, porque quedo sin saber mover un pie ni un dedo, ni sé qué cosa es el espacio que he de ocupar si me muevo, ni qué cosa es ese tiempo que he de gastar en el movimiento.

SILV. — Y sin nada de esto idos á dar un paseo, que yo me voy á visitar mis dolientes : á Dios.

EUG. — Y ¿de qué trataremos ahora?

TEOD. — Ahora se sigue la pneumatología.

EUG. — No entiendo esa palabra.

TEOD. — No os admireis, porque es sacada del griego, y quiere decir ciencia acerca de los espíritus, y hemos de tratar del alma y de Dios.

EUG. — ¿Pues no pertenece eso á la teología?

TEOD. — La metafisica tiene una parte que trata del alma, y se llama psicología ; y otra que trata de Dios como le conoce la luz de la razon, y por esto se llamó á esta parte *teología natural*, á diferencia de otra teología que estriba en la santa Escritura, padres, concilios, etc.

EUG. — Con gusto os oiré en estas materias, porque oigo hablar de ellas á muchos que no han tenido estudios eclesiásticos.

TEOD. — Hoy en todo se habla, y aun con desden de todo lo que hasta aquí se decia, porque tambien en estas materias agrada la novedad. En cuanto al alma hay muchas cuestiones en que podemos dis-



putar con Silvio, porque ya somos del mismo, y ya de contrario parecer. En estos puntos, no obstante que tocan á la religion, como son, su inmortalidad y su espiritualidad, etc., poca gracia tiene disputarlas con Silvio, porque él como católico tendrá por ociosidad probar lo que cree, y de que no tiene duda alguna; pero vuestra instruccion pide que podais oir sin peligro hablar á los impíos, y refutarlos con nervio; y para eso trataré ahora del alma aquellos puntos solamente que no tocan á la religion, en los cuales Silvio y yo podemos amigablemente pelear: y en cuanto á los demas puntos del alma y de Dios se me ofrece un medio de instruirlos, y al mismo tiempo recrearos, que es el sistema que há mucho tiempo que sigo por vuestro respeto.

EUG. — ¿Y cómo hareis eso?

TEOD. — Yo mientras estuve en Francia tuve mil disputas con toda casta de impíos que iban á conversar conmigo, peleando cada uno por su parte por sustentar su sentencia. Despues que cesaba el calor de la disputa tuve memoria suficiente para escribirla, y aun tengo los cuadernos en que os podeis instruir. La di por título *Armonía de la razon y la religion*, porque me propuse en esta obra demostrar á aquellos hombres que lo que nosotros creemos no son cosas contrarias á la razon, aunque muchas veces sean superiores á ella. Allí trataré muchas cuestiones del alma, y allí vereis su *espiritualidad*, su *simplicidad*, su *inmortalidad*, y todo lo demas que toca á la religion; pero principalmente sobre las perfecciones de Dios, que podemos

conocer con la luz de la razon. Yo os enviaré estos cuadernos, y en nuestros paseos me direis lo que os han parecido; y del mismo modo os puedo dar la instruccion sobre la última parte de la filosofia, que es la *filosofía moral*, esta es la que trata las costumbres, porque ya en la obra que publiqué del *Feliz independiente* os he dado una ética completa con todos los dictámenes y máximas practicadas disfracadamente en el enlace de aquel poema.

EUG. — Estimo saber eso para instruirme con suavidad y gusto, y os agradezco el favor y el consejo.